

# La cálida luz del instante

Primer Accésit

Ángeles ZAMORA SERRANO

**C**onfiamos al tiempo nuestras esperanzas, y el tiempo nos momifica y nos sepulta bajo tierra, antes de hacer realidad nuestras ilusiones. Siempre aliado con un destino voraz, insoportable en sus marchitas decisiones; por eso hay que aprovechar cada día, la cálida luz del instante.

Me llamo Alberto Alonso. Soy un joven vallisoletano que, cabalgo por la vida como un famélico e iluso Quijote a lomos de un Rocinante con ruedas, que siguiendo con trotecillo, algo loco e idealista, el devenir de la existencia. Es decir, tránsito errante, alentado por un ramillete de zanahorias, a modo de respuestas, que nunca llego a alcanzar, porque la vida, al lastre de mi parálisis, le ha puesto obstáculos en forma de monstruosos molinos con más aspas que los cien brazos del gigante Briareo.

Soy, la víctima de una distracción inoportuna sobre una bicicleta. Y, no es que yo sea un artista de quijotadas irracionales y poco creativas. No señor, nada más lejos, pues siempre tomé conciencia de mi ser y odié el riesgo y la violencia, incluso en sus derivaciones de amago. Pero el destino me ha convertido ahora en el despojo de un desastroso desliz ciclista contra un bolardo inoportuno. Existo como el receptor de un turbio regalo del destino sin genética ni culpables. A quien ni siquiera le llegó el aviso de su fiel escudero con la advertencia de: -"Que no son gigantes... ¡Que son molinos, señor!"-.

Desde el descalabro tengo una paraplejía, y me he convertido en un idealista moderno sobre ruedas lastradas. Mi problema no es contagioso ni un virus mortal. Y aunque estoy un poco resentido por ello, no voy haciendo trampas por la vida, más bien caigo en ellas. Y sí, lo confieso, es cierto que pago menos impuestos, y los hay que por ello incluso me envidian. También los hay que me quieren con curiosidad de escarnio. Es el clásico amor al prójimo convertido en objeto de cháchara dañina. —"A saber como iba en bici cuando se cayó"- . Y es que algunos somos blanco de todo. Carne inerte la mía, de horca o de cañón. Ya lo dice el Evangelio: "Por sus actos los conoceréis..." Y por lo que de nosotros digan. La paja ajena. Juzgar y ser juzgados. -¡Menuda suerte tiene, siempre lo colocan en primera fila en todos los espectáculos!-.

Pero cada unos de nosotros, a lo largo de nuestra existencia, la vida encierra uno o varios actos canallas, mientras llegan, nos sentimos abrumados con cosas tan triviales como dejar de filmar, estar sereno, poder dormir o empastarse las muelas. Pero a veces, cuando llega ese acto canalla insufrible, nos tienta a la renuncia, a esa postrera aceptación del fracaso, ese familiar desaliento que hace arrepentirnos de vivir, que te tortura y te pregunta, un terrible por qué, una

esencial zozobra vuelta contra ti, ciega, rencorosa.

Y es que el azar es ambiguo, como ambigua es la vida o no vida. Aquel accidente fortuito ha dado iguales razones a mi felicidad y a mi desgracia ¿Por qué, entonces, esa obstinación mía por vivir...? ¡Por Eloísa! Esta muchacha resume espacios de búsqueda inconsciente. Es el centro fugaz que corona la intensa dispersión de mis sentidos y la consoladora tela de mis sueños. Por eso la miro como soñándola, en abierta intimidad, con usura celosa, como si ante mis ojos estuviera cristalizando lo imposible. Con terco aliento, trato de reconstruirla en mi noche, ayudado por la oscuridad que apaga toda referencia y acalla el griterío de las falsas imágenes.

¡Esta tarde la veré! En la rosaleta de Núñez de Arce. Hemos quedado en el Recital Poético de Primavera del Campo Grande. La espera de su presencia es tiempo paralizado en la ansiedad. Tiempo vertiginoso y radiante, lleno de pasión por tenerla a mi lado. Y es que el amor, se manifiesta en la espera anhelante del ser amado. Anhelante, sí, porque el amor lo invade todo como alvéolos de esponja. Sé, que solo una vida tengo, incierta, única. Y, cuanto más retrocede la cuerda del arco de la vida —tensada, retraída, como huyendo del blanco- con más hondo desquite se dispara, con más certero ímpetu va a clavarse en el centro de lo que merece vivirse, el amor.

La vida me ha enseñado que es inútil dolerse de un destino que tan cruelmente arrebató y une, que con tanta frecuencia pone junto a la espina de la pena la flor de la alegría. No es fácil para dos paraplégicos concertarse una cita. Por eso, antes de que pierda el amor como anguila escurridiza, voy presto a consolidar mi aventura de amor sobre ruedas. Observo el camino del Campo Grande, al pasar por Portugalete que, sobre los peldaños afilados de la plaza, suben y bajan, con su ágil desequilibrio ciego, unos cuantos jóvenes en monopatín. Y, sin quererlo, veo con esa distancia de niebla o sueño mi propio rostro en el espejo, nítido, hiriente, de aquel fatídico bolardo donde mis posibilidades quedaron cercenadas, otra vida, otros pasos. A veces me pregunto ¿Por qué aquí, tan pronto, recluso en esta silla de ruedas?... El escorzo de pesadumbre pronto queda oculto, cuando desde esta plaza contemplo las inhiestas torres de la Antigua y la Catedral. Con su alzado, cambia el repentino y oscuro presentimiento, no de lo por venir, sino de algo pasado. Y es que el miedo nos encoge para que, resistiendo, podamos bendecir su rutina y abrazarnos a ella como a la suma de una felicidad no por discreta, menos poderosa, esencial y vibrante. incluso tenemos miedo de amar por temor a que la amada no nos ame.

Sí, es absurdo, pero en ocasiones, me pasaba todo el día consumido en deseos vanos por lo que hubiera sido, cuando lo ocurrido, pasado está. Es la ansiedad del que espero, pero ve impotente que nada llega. Sin embargo, cuando se tiene constancia de lograr lo máximo, el amor, qué bello estado. Incluso el cariño se magnifica en la dulce espera del ser amado. ¡Qué hermoso es el instante que precede a la llegada de tu amada! Es como vivir en una eterna primavera. En una constante puesta de sol.

Por la calle de las Angustias, el teatro Calderón me recuerda el deleite de las comedias de Lope, Calderón, Cervantes o Zorrilla, todas ellas con similar juego y esquema romántico —casa con

dos puertas es difícil de guardar- damas duende, ardientes Doroteas, el seductor, la bella, un mundo diseñado para el amor. Don Quijote, Don Juan, La Celestina, todo un recorrido en torno a la esencia de lo amoroso. Amor ideal. Amor desenfrenado en algún que otro claustro. Amor venal. Unos sueñan. Otros viven o creen vivir. Y otros trafican con los sentimientos y con el alma. Todos aferrados a la vida, al presente, al amor. ¿Hay algo mejor?

Ya he llegado a Ferrari, la fuente monumental en cuyos lados hay esculturas con los oficios de los antiguos gremios de Valladolid, me recuerda el mío. Trabajo y lo agradezco como la mayoría, pues la puñetera crisis me afecta más que a muchos. Soy el encargado —de cara al público- de atender las reclamaciones de los clientes. Debo colocar las latas bajo las goteras de la empresa. Las palanganas de loza picada en ventas, y, los calderillos en reclamaciones. Lo mío es un tecleo politonal que compone agudos resbaladizos con los palanganas y graves con los opacos calderillos para descongestionar la nerviosa solemnidad del "dies irae" con que amenazan los clientes. Faeno rápido cuando el peso es leve y despacio cuando la carga es excesiva, como todos, pero siempre cumplo por si acaso, para no perder la altura de todos aquellos a los que represento y, a quienes han confiado en mí; todo ello, alentado por un optimismo indesmallable, que me hace no rendirme ni ante la evidencia del famélico Rocinante sobre el que cabalgo.

En la Plaza Mayor, con sus soportales en donde, para no enturbiar la limpieza de la luz, seestean las sombras; las fachadas ocreas soportan buhardillas que resaltan como vigías, como escorzos de cigüeñas inmóviles que parecen escuchar en la tarde de primavera el susurro en presentimiento de la palabras del Conde Ansúrez. Pero mi cabeza solo repite la de Eloísa. Desde que la conocí nos comunicamos por Internet, ella interrumpió mi orfandad y cesaron mis lamentos. No es fácil en mi situación hallar Dulcineas. Mi mundo comenzó a girar en torno a su plácido equilibrio. Cada noche, a través de la pantalla, vivo instantes de privilegio aún no contaminados por el hedor de la rutina, por la pátina del tiempo, que todo lo nivela y vulgariza. Son bellos instantes en que faltan las palabras para reflejar el cúmulo de sentimientos agolpados a la altura del corazón. Torpes instrumentos mis palabras para sacar a la luz tanta vehemencia ardiente como lava desbocada que se propaga por las laderas de mi alma. Eloísa me enardece con sus *ojos* que fascinan, que atan, *ojos* labrados en transparencias, diamantinos, *ojos* que hablan sin necesidad de hablar, *ojos* que comunican sensaciones imprecisas, mensajes celestes, clandestinos, subyugantes. Eloísa, todo en ella es un milagro de palabras y frases que seducen, que enamoran, que cautivan y crean pasión.

En medio de un slalom permanente, esquivando peatones, he discurrido por la calle Santiago llegando a la plaza de Zorrilla. Junto a la escultura del poeta romántico el sol mana limpio, desde un cielo muy azul por el que una claridad de mayo susurra con parsimonia los versos del poeta junto a la fuente tranquila. El agua recita como tú, Eloísa. Esta tarde, sin Internet de por medio, venceré mi impedimento y me levantaré cuando llegues para saludarte con galantería, para besarte y, será tan perpetuo nuestro encuentro, que se fundirá el hielo de la soledad, de la insoportable soledad. Y llegará el momento inigualable de sentarnos frente a frente, tú y yo, los dos, en un cosmos cerrado,

llenos de gozo y plenitud. Todo lo gris será borrado, desaparecerá cualquier indicio de tragedia, ella y yo, y su mano tendida muy cerca de mí como firme anclaje, como garantía perduración. Hablaremos del largo periplo en torno al universo de nuestros sueños, de matrimonio, de seguridades, de soles, de dulces lunas de miel. este dos mil trece venturoso, que tú ves despuntar en el cielo y que ha de ser forzosamente el año de nuestra palingenesia, el inicio de nuestra gran aventura en común. Donde pasaremos juntos noches enteras como amantes que exploran con pasión desaforada la geografía erótica de nuestros cuerpos: sinuosidades, recovecos íntimos, oasis y marismas, deltas y valles, suaves meandros y acantilados.

En la rosaleta de Núñez de Arce, los colores poseen ahora mismo, no sólo una luminosidad diferente, sino un aroma especial. Y, entre poemas, la tarde, esta tarde de primavera que quiere alargarse, huele a azul, a un azul profundo con resonancias de agua, con respiraciones de agua. Posiblemente, porque es la hora en la cual -aprovechando la calma en soledad que pasea por el Campo Grande- los rapsodas declaman, y las fuentes, todas las fuentes del parque, emulan a los maestros. ¡Qué bello momento! ¡Qué hermoso es vivir!

Mi cabeza lleva un rato oscilando nerviosa, buscándola. Ya debería de haber llegado. Nada como una incomprensible espera, una larga espera para patentizar el agobio del discurrir del tiempo, el fardo lúgubre de los minutos sobre nuestras vidas. Eloísa, ven ya, ¿Qué puede haberte ocurrido?

Alarmado, compruebo que no vendrá Eloísa. Un mensaje de móvil me lo acaba de sentenciar. Vive en Fuensaldaña y no posee una silla automática como la mía; su movilidad es reducida si no tiene ayuda.

La felicidad es de los que saben ver, de los que saben descubrir la vida detrás de su propia fatalidad. Por eso, ahora disfrutaré de la poesía aferrándome esperanzado a la próxima cita. Sé, que debo aprovechar cada día, la cálida luz del instante. "Carpe Diem", y en eso estoy, sin rendirme; a pesar de que es muy duro ser Quijote o Dulcinea, en medio de tantas barreras arquitectónicas y sentimentales.

# Anotaciones de una joven científica en África

Manuel LUACES CONDE

La joven se coloca el poncho a la vez que se pega al tronco de un gran árbol para guarecerse de la intensa lluvia que golpea la tierra haciendo saltar pequeñas gotas de agua (como esquirlas de un cristal que se ha roto en pedazos). Esta mañana de abril, a pesar del frío y la humedad, se siente excitada mientras observa a la familia de chimpancés comiendo en una de las ramas más altas de un árbol cercano. La madre y los dos gemelos juegan como si nadie más que ellos habitase su territorio, se sacuden el agua con bruscos movimientos del cuerpo e intercambian comida apaciblemente, alejados de momento del peligro que siempre acecha a estos animales. En la libreta que guarda bajo el poncho la joven científica ha anotado, hace apenas unos minutos, antes de que la lluvia convirtiese la escritura en una actividad imposible, algunas observaciones sobre la extraña vida de esas criaturas. Por ejemplo: "A Fofó y sus dos gemelos, Fofó y Fifí, les gusta separarse del resto del grupo. A veces parece que sienten que podrían vivir aislados y que esa vida sería plenamente satisfactoria y gratificante. Los pequeños juegan molestando a la madre mientras ésta permanece vigilante. Los chimpancés son seres agresivos y su mundo en ocasiones se vuelve terrorífico. Un auténtico infierno".

La joven se seca la cara con el dorso de la mano y observa los movimientos lúdicos de los gemelos. África puede resultar una experiencia demasiado dura, piensa. En el último año vio morir a dos de sus chimpancés más queridos. Su madre ha muerto hace menos de tres meses en un hospital de Madrid, de un cáncer de páncreas. La joven se sorprende del desorden de su mente. Cuando piensa en seres queridos piensa en esos chimpancés y en su madre. El tiempo que lleva en este continente ha cambiado la percepción que tenía de las cosas. La percepción del conjunto de la realidad. A sus veintiocho años ha incorporado a su representación del mundo la idea de la muerte de una manera sobrevenida, cruel, verdaderamente brutal. Cuando una incursión de chimpancés 'extranjeros' atacó al grupo que ella estudia anotó en su libreta líneas de dolor y desesperación: "El macho que la tarde anterior copuló en dos ocasiones con una hembra en celo esta mañana ha sido asesinado. Los crueles autores del ataque, una vez que lo mataron, tras acorralarlo aprovechándose de ventaja numérica, le desagarraron los miembros y golpearon su inerte cabeza con una rama". Luego en el campamento, en el margen de este párrafo anotó lo que sigue: "Aquí en África he aprendido que uno debe tomar de la vida lo que ésta le da. En caso contrario o se llega tarde a las cosas o nunca se alcanzan. Lo que no vivimos hoy, en este momento, puede que nunca lleguemos a vivirlo".

Desde que murió su madre la joven siente un especial desarraigo y piensa que vivir en África

tal vez no contribuya a atenuarlo o disiparlo. Hace sólo unos días un compañero en la investigación, un joven alemán algo torpe, intentó entrar en su tienda con fines abiertamente sexuales. La joven lo rechazó en un principio pero ahora considera que ese rechazo fue una respuesta poco meditada y, quizá, contraria a sus verdaderos intereses. En su libreta anotó lo siguiente: "La observación científica del sexo de los chimpancés me ha perturbado. Que una hembra pueda copular veinte o treinta veces en un solo día es algo sorprendente. Schröder, a pesar de que no tiene el perfil de un macho alfa, se ha comportado conmigo como un maldito chimpancé. Aunque estemos a miles de kilómetros de nuestro mundo no consigo olvidar ciertos protocolos y convenciones de occidente. Schröder debe reelaborar su *cortejo*. Quiero decir que aunque no soy una heroína de Jane Austen tampoco soy como Fofo".

Esta mañana lluviosa la joven ha intentado analizar su posible relación con el científico alemán. Ha pensado seriamente en acercarse a él y, sin subterfugios, contarle que, en estos precisos momentos de su vida, tras la muerte de su madre, necesita un plus de cortesía y buen trato. Y, por qué no, al mismo tiempo mostrar, ella, una disposición favorable. Sin embargo, bajo la lluvia, cobijada en el tronco de un árbol enorme, abrigada por el poncho impermeable, con la libreta de anotaciones apretada contra su pecho, no acaba de decidirse. De hecho, piensa, últimamente todo en su vida es confuso y ella se ve a sí misma como un ser perplejo. Frágil y perplejo.

Cuando su madre le escribió una carta anunciándole su grave enfermedad la joven científica se recriminó por haber venido a África y apartarse radicalmente de su anterior vida. Dibujó un autorretrato cruel: una mujer independiente, en lo profesional y en lo emocional, un ser egoísta, una mujer ambiciosa y que no se deja intimidar por nada, una joven que está segura de lo que quiere y que sabe cómo conseguirlo. En fin, una hija que ha abandonado a su madre. Si recuerda este autorretrato siente deseos de llorar. La joven, apretada al tronco del árbol que la cobija, con el poncho goteando, piensa en su madre y observa a los chimpancés. Ahora su mundo es algo complejo y que no es fácil de etiquetar o clasificar. Ahora todo es distinto y ella no está segura de poder controlarlo.

Si Schröder se acercase, olvidándose de su cerebro animal, reptiliano, y le halase de Alemania, de su familia, de sus estudios universitarios, de los artículos que ha publicado en revistas que gozan de gran prestigio en el mundillo científico, entonces quizá ella conseguiría superar el recelo inicial. Eso es lo que piensa en este momento, observando cómo la lluvia golpea la tierra y lanza esas diminutas esquivas de agua contra su poncho. Cuando amaine cogerá su libreta y seguirá con sus anotaciones: "Schröder no es un chimpancé aunque a veces hace gestos vulgares y cuando se ríe abre una boca enorme enseñando sus encías coloradas. Me resulta fácil, además de ser un tópico, imaginarlo devorando salchichas y bebiendo cerveza de una gran jarra". La joven, lo sabe, necesita recurrir al humor. Eso es algo que en no pocas ocasiones la ha salvado del desastre.

Piensa en la enfermedad de su madre y necesita traer a su mente ideas que compensen ese dolor. También piensa en algo que su madre le dijo, casi sin fuerzas para hablar, entubada,

monitorizada, horas antes de fallecer:

—No seas cruel contigo y aprovecha cada momento — las manos de su madre estaban apoyadas sobre la cama como animales muertos, anunciando el final-. estoy orgullosa de ser tu madre y no me gustaría que cambiases. Vuelve a África y vive.

Las escenas del hospital vuelven a su cabeza una y otra vez. Como una carga pesada. Un lastre que ya nunca le abandonará. Lo sabe. Piensa y sufre. Piensa y mentalmente anota palabras en su libreta. Piensa y observa a Fofó y los gemelos. Cree que África ha cambiado su vida y se lo ha dado todo. Las incomodidades, que en un primer momento la mortificaron, ahora le resultan meros contratiempos sin importancia. Los que aventuraron, no sin burla, que no resistiría se han equivocado. Sonríe.

La lluvia persiste y ella, pegada al tronco, recuerda instantáneas significativas de su vida en Europa. Un álbum de fotografías desfila por su mente, ilusionándola, entristeciéndola. Cuando tenía cuatro o cinco años, y siempre en el mes de agosto, viajaban a la playa: sus padres y ella en bañador recogiendo algas de la orilla, caracolas, piedras que entonces le parecieron preciosas. En los bailes que organizaba su colegio: Disfrazada de oveja para una función de navidad. En una cancha de baloncesto, ya adolescente, con sus compañeras de equipo y amigas de primeras juergas. Con uno de sus primeros novios, un estudiante con acné y siempre de mal humor. Etc. La joven científica está tratando de decidir si la vida merece la pena. Piensa en su madre. Piensa en el futuro que le espera. También piensa en una nueva anotación: "Los chimpancés no son tan diferentes a los humanos. Son inteligentes. Fabrican instrumentos. Tienen sentimientos. Se compadecen. Son solidarios. Violentos. Maliciosos. Y siempre viven el presente".

La joven científica recuerda la famosa sentencia de Leakey, el mentor de Jane Goodall. Hay que redefinir "hombre". Como si algo especial le hubiera ocurrido de repente siente un irrefrenable deseo de ser feliz. Por lo menos intentarlo. Decide lo que hará. Luego coge su libreta del interior del poncho y, arqueada sobre ella para protegerla de la lluvia, escribe, pensando en Schröder, pensando en lo que será de su vida, en el futuro: "Mamá tenía razón. Debo aprovechar el momento. Vivir intensamente". ¿Fofó, algo insólito la está mirando? Sonríe, pensativa.

© El Autor y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid

## El Certamen

Nació por las inquietudes literarias de un grupo de amigos liderado por Rafael Martínez Sagarra, con el objetivo de descubrir escritores noveles. Y como aliciente para tantos escritores anónimos se le dotó con un pequeño premio en metálico, una escultura del ceramista Daniel Serna, una serigrafía del artista Daniel Carrascal Platero y, lo más importante a juicio de los organizadores, la publicación de un libro con la obra ganadora, los accésit y los finalistas.

El relato "La cálida luz del instante", de Ángeles Zamora Serrano, ha resultado premiado con 500 Euros ; y el relato "Anotaciones de una joven científica en África, de Manuel Luaces Conde, han sido premiado con 300 Eur

El acto de entrega de premios se realizó el día 13 de junio de 2013 en el Paraninfo de la Universidad de Valladolid (UVa).